1984

GEORGE ORWELL

TRADUCCIÓN *de*

FERNANDO BERNDT, LEZAK SHALLAT y SAMUEL SILVA



SANTIAGO,
MIL NOVECIENTOS OCHENTA y CUATRO

Ignacio Álvarez

Corre el año 1984. En enero un grupo de militantes del MIR, responsables del atentado contra el intendente Carol Urzúa, se asilan en la Nunciatura Apostólica, sede diplomática del Vaticano en Chile. La revista *Cauce* publica un reportaje de la periodista Mónica González en donde se denuncia que el dictador y su esposa, en medio de una grave crisis económica, se están construyendo con dinero público una fastuosa mansión en Lo Curro. En febrero, durante una visita a Punta Arenas que se preveía tranquila, Pinochet debe observar directamente, por primera vez, que los ciudadanos lo rechacen al grito de «y va a caer". Sergio Onofre Jarpa, ministro del interior de la dictadura, intenta durante meses articular políticamente a los partidarios del régimen, pero no lo logra. Tendrá que renunciar a comienzos de 1985. La

oposición, reunida en la Alianza Democrática, llama a dos paros nacionales durante ese año: el 27 de marzo y el 4 de septiembre. El primero de ellos deja un saldo de seis muertos; en el segundo pierden la vida ocho personas. Entre las víctimas de septiembre se cuenta el sacerdote francés André Jarlan, vicario de la Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, en la población La Victoria de Santiago. Una bala disparada por Carabineros lo alcanza mientras rezaba en su pieza. Su multitudinario funeral es una muestra inesperada de la enorme indignación que recorre el país. Francisco Javier Cuadra, joven abogado hasta entonces desconocido, asume como Ministro Secretario General de Gobierno e inaugura su gestión leyendo el decreto 1.217 que, en virtud del estado de sitio, suspende la circulación de las revistas *Cauce*, *Análisis*, *Apsi*, *Fortín Mapocho*, *La Bicicleta* y *Pluma y Pincel*. Muere Hernán Díaz Arrieta, "Alone", en Santiago. Muere Julio Cortázar en París.

Es 1984 y todo eso ocurre. También esto, que no debe olvidarse: en marzo se publica una nueva traducción de *1984*, la famosa novela de George Orwell, impresa en Santiago de Chile. Hasta entonces la única versión disponible en español era la de Rafael Vásquez Zamora, publicada en Barcelona por la editorial Destino, en 1952, fuertemente censurada y alterada por el franquismo. Curiosamente, las intervenciones del censor fueron menos motivadas por sus ideas políticas que por sus

alusiones sexuales y sus aspectos antirreligiosos.[1] Esta nueva traducción se debe al entusiasmo y a la constancia de tres jóvenes periodistas: la estadounidense Lezak Shallat y los chilenos Samuel Silva y Fernando Bendt. En mayo de 1984, en la revista *Pluma y Pincel*, Silva relata detalles muy decidores de esa aventura. Por ejemplo: descubrieron que algunas ediciones estadounidenses "suavizaban" ciertas expresiones de Orwell que tenían connotaciones racistas. Había que volver a usar como fuente las ediciones británicas. Otro ejemplo: discutieron largamente cómo poner en castellano el vocabulario de la neolengua: "con *Big Brother* tuvimos un problema aún no resuelto: ¿Hermano Grande? ¿Hermano Mayor? ¿Gran Hermano? Optamos por la última porque era más solemne, y porque "Hermano Mayor" —acaso más exacta— nos sonaba soviético. Creíamos —y creemos que Orwell habría estado de acuerdo— que cada traducción debe provocar en los lectores una comparación con su propia realidad".[2] En un ambiente en el que la censura era una amenaza inminente y luego una realidad brutal,

1 Fabiana Boschetti Hofer, Celia Celada Alonso, María Pérez Galán, Lucía Tarifa Hormigos y Andrea Toribio de Celis estudiaron la versión de Destino y publicaron sus resultados en el artículo "La censura en la traducción. *1984* y el régimen". *Contrapunto. Revista de crítica literaria y cultural de la Universidad de Alcalá,* 28 de febrero de 2022.

2 Silva, Samuel. "De por qué tradujimos *1984*, sobre cómo lo hicimos, y otras cosas que pasaron entremedio". *Pluma y Pincel* 14 (abril-mayo de 1984): 59-60.

tuvieron que pagar con sus propios recursos la edición para que el libro pudiera aparecer. Así lo contaba Lezak Shallat muchos años después: "Sammy (Samuel Silva) contactó a una editorial que aceptó publicarla solo si nosotros lo costeábamos, y así lo hicimos. Recuerdo que mi parte fue de cuatrocientos dólares, para mí una gran inversión en esa época".[3]

Es difícil exagerar la importancia que tuvo la aparición de *1984* en Chile. Los medios impresos más importantes del país se vieron obligados a dar cuenta de ella, fueran de la oposición o cercanos al régimen. En la reseña que le dedicó *La Bicicleta,* por ejemplo, Marcelo Maturana mostraba una pequeña señal de la popularidad de la novela: en la calle Sucre había un grafiti en el que se podía leer: "Lee 1984".[4] *Pluma y Pincel* incluyó en todos sus números de ese año algún ensayo sobre Orwell o sobre sus obras. Los sectores más conservadores también reaccionaron: en la *Revista Universitaria* de la Universidad Católica se publicó un dossier completo sobre el libro, e incluso en la *Revista de Marina* de la Armada de Chile se puede encontrar un puñado de artículos que hablan sobre la novela, uno de ellos firmado por Mario Duvauchelle Rodríguez, abogado y entonces capitán de navío.

---

3 Mary Helen Spooner, amiga de Lezak Shallat, recoge la información en su artículo "Orwell in Chile". *Notes on the Americas.* 23 de enero de 2015.

4 Lo cuenta en "*1984* en un año como este". *La Bicicleta* 46 (19 de abril de 1984): 35-36.

1984

Todo el mundo hablaba de *1984*. En mi propio recuerdo la aparición de la misma traducción que se edita en este volumen es una experiencia memorable. Se discutió vivamente en la mesa de mi casa y hasta leímos algunos pasajes en voz alta. Casi podría recitar de memoria el inicio de la "Nota preliminar" de los traductores: "Corre el año 1948. La tuberculosis avanza mientras Orwell escribe un nuevo libro. Sabe que será el último y quiere que sea el más combativo, el más explícito, el más convincente".

Novela fundamentalmente política, *1984* ha estado rodeada por un prejuicio simplificador: la crítica radical que Orwell hace a la dictadura estalinista, evidente y cristalina, sería una defensa a toda ultranza del liberalismo. Las cosas son más complicadas, sin embargo. Tal vez el primer y fundamental esfuerzo que pide la lectura de este libro es evitar una actitud infantil y maniquea incluso aunque la novela parezca, a veces, entender el mundo como si estuviera dividido entre buenos y malos.

Orwell mantuvo durante toda su vida una actitud abiertamente polémica contra las formas autoritarias del comunismo, pero nunca dejó de definirse como un socialista. Educado en el exclusivo colegio de Eton –le gustaba subrayar que en calidad de becario–, en vez de estudiar en alguna universidad inglesa decidió ingresar a la Policía Imperial de la India en Birmania, el territorio

asiático que actualmente conocemos como Myanmar y que estuvo bajo el dominio británico entre 1824 y 1948. Pasó cinco duros años allí; experimentó muy de cerca la crueldad con que las autoridades coloniales oprimían a los locales y su sensibilidad política se radicalizó tanto que, a su vuelta, pasó varios años como vagabundo en Inglaterra y lavaplatos en París. En el intertanto escribió, y mucho. Se acercó a la prensa inglesa de izquierda y publicó cinco libros: las crónicas *Sin blanca en París y Londres* y *El camino a Wigan Pier*, y las novelas *Los días de Birmania*, *La hija del clérigo* y *Que no muera la aspidistra*. Es a partir de su preocupación por la política y el curso ominoso que tomaban los acontecimientos en Europa que terminó involucrado en la Guerra Civil española.

No solo quiso reportear el conflicto; quiso también participar como miliciano por el bando republicano, y lo logró. Parte de sus convicciones socialistas se ven corroboradas en la experiencia del frente, especialmente en el compañerismo con los otros soldados. También se origina en España su distancia con las formas autoritarias de la izquierda. Observó con horror los momentos de división que sufrieron las distintas facciones del bando republicano, y en particular aborreció los hechos ocurridos durante las Jornadas de Mayo de 1937 en Barcelona, cuando grupos anarquistas y marxistas combatieron contra el propio gobierno de la República, contra los catalanes y contra militantes del Partido Comunista.

Ese ambiente saturado de intrigas, rumores, delaciones y traiciones entre quienes eran o debían ser aliados es el que termina identificando más tarde con el régimen de Stalin, y también es lo que está en el corazón de la atmósfera paranoica que reina en la Oceanía de *1984*. "Los hombres entregan sus vidas a luchas políticas desgarradoras, o los matan en guerras civiles, o los torturan en las cárceles secretas de la Gestapo", dice en su famoso ensayo "¿Pueden ser felices los socialistas?", "no con el fin de instaurar un paraíso con calefacción central, aire acondicionado y luz de fluorescentes, sino porque quieren un mundo en el que los seres humanos se amen los unos a los otros en lugar de engañarse y matarse los unos a los otros".[5] Su modo de entender el socialismo implicaba la igualdad y la fraternidad aquí y en esta vida imperfecta, no la búsqueda de un bienestar material utópico, pues era consciente de que en esa búsqueda se arriesgaba lo más propiamente humano de la humanidad.

No quiero decir con esto que Orwell fuera una especie de santo o un iluminado irreprochable. Muy por el contrario. Su afición a la polémica y el hábito de saberse en lo correcto contra la opinión popular lo llevó a muchas discusiones estériles e incluso a un error gravísimo, como la lista de periodistas y escritores cercanos al comunismo que entregó en 1949 a una funcionaria del

5 Orwell, George. "¿Pueden ser felices los socialistas?". Trad. Inga Pellisa. Madrid: Debate, 2013.

Departamento de Investigación de la Información (IRD en su sigla inglesa) del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Tristemente célebre a estas alturas, el IRD era una unidad de propaganda del gobierno que dedicó casi treinta años a inventar noticias falsas para desacreditar a las organizaciones y políticos de izquierda.[6]

Uno de los mejores críticos literarios ingleses, Raymond Williams, que es también uno de los mejores observadores de la izquierda inglesa desde la misma izquierda inglesa, señala que la obra de Orwell no vive en la coherencia sino más bien en la paradoja: "Era alguien que creía en la igualdad y un crítico de las clases que fundó su obra tardía en el supuesto profundo de una inherente desigualdad y de una diferencia de clases ineludible".[7] Tal vez el mejor modo de leer a Orwell es hacerlo con conciencia de sus contradicciones, sin tratar de reducir lo que él mismo no pudo o no quiso resolver.

La encarnación chilena de *1984* es un gesto de resistencia y de libertad contra la violencia de la dictadura. Pero

6 En su libro *El ministerio de la verdad* el periodista inglés Dorian Lynksey cuenta el triste episodio con objetividad y con suficiente información como para hacerse un juicio. *El ministerio de la verdad, una biografía del* 1984 *de George Orwell*. Trad. Gema Facal Lozano. Madrid: Capitán Swing, 2021.

7 Williams, Raymond. "George Orwell". *Culture & Society. 1780-1950*. Garden City: Anchor Books, 1960. Traducción mía.

la novela ha tenido muchas otras vidas y significados desde su publicación. Quizá una de sus características más distinguibles es justamente esa infinita capacidad de transformarse y sobrevivir a lo largo del tiempo.

Fue adaptada por la BBC en 1954 y escandalizó a los espectadores por su violencia. Durante las décadas de la Guerra Fría era frecuentemente citada en las obras de la cultura popular: una canción del grupo estadounidense Spirit se llama precisamente "1984", y en "Only people" John Lennon cantaba "no queremos ninguna escena de Gran Hermano". David Bowie intentó hacer una versión musical, pero no pudo conseguir la autorización de la viuda de Orwell y terminó reciclando esas canciones en el disco Diamond dogs.

En 1984, año de una desatada orwellmanía, Apple estrenó un famoso comercial que dirigió el cineasta Ridley Scott. Allí se recreaba la escena de los Dos Minutos de Odio y se prometía que 1984 (el año) no sería como *1984* (la novela) gracias a su nuevo modelo de computador personal, el Macintosh. Durante esos doce meses se vendieron casi cuatro millones de ejemplares del libro y se estrenó también la más memorable de sus versiones cinematográficas, dirigida por Michael Radford y con John Hurt y Suzanna Hamilton en los papeles de Winston y Julia. La banda sonora fue compuesta por el grupo Eurythmics, con Annie Lennox como vocalista. Cuenta Margaret Atwood que ese mismo año, y después

de haber leído *1984* varias veces desde su adolescencia, comenzó a escribir *El cuento de la criada*.

Más recientemente, como público global, hemos sido testigos de dos inéditos avatares del mundo descrito por Orwell. Los productores del *reality show* Gran Hermano han puesto a las audiencias de todos los continentes en el lugar terrible de quien conoce hasta los más mínimos detalles de la vida de unos pobres sujetos, los concursantes, que venden hasta su más recóndita intimidad por dinero o por lograr algo de fama. Por otro lado, hace unos años presenciamos con perplejidad los intentos nada disimulados y muchas veces exitosos de Donald Trump, presidente de los Estados Unidos, por alterar las noticias a su conveniencia y por cambiar la historia delante de nuestras narices. En resumen, el siglo XXI nos ha puesto a ambos lados de la pantalla orwelliana: hemos sido los dictadores y las víctimas de la dictadura.[8]

El año 2024 se cumplieron setenta y seis años desde la primera publicación de la novela y cuarenta desde que apareció esta notable traducción chilena. Es una excelente noticia que esté disponible otra vez: posiblemente

8 La mayor parte de la información sobre adaptaciones y citas de este apartado proviene de *El ministerio de la verdad, una biografía del* 1984 *de George Orwell,* de Dorian Lynksey (Trad. Gema Facal Lozano. Madrid: Capitán Swing, 2021). Margaret Atwood comenta su estrecha relación con Orwell en la nota "My hero: George Orwell" (*The Guardian*. 18 de enero de 2013. https://www.theguardian.com/books/2013/jan/18/my-hero-george-orwell-atwood)

su lectura nos ayude, de una manera que todavía no prevemos, a entender el convulsionado presente que nos toca vivir.

Mientras eso sucede pienso en otra relación entre Orwell y Chile, más improbable y curiosa aún. En julio de 1927 Orwell estaba terminando su paso por Birmania y Pablo Neruda estaba recién llegado, comenzando su carrera diplomática como cónsul en Rangún, entonces capital del territorio. Quisiera creer que el autor de esta novela y el poeta que preparaba *Residencia en la tierra* se toparon en alguna calle de la ciudad, que se saludaron como los dos desconocidos que eran, y que luego, cometas en órbitas paralelas, cada u no siguió su rumbo, su camino propio y distinto a través del siglo XX.[9]

9 En *Neruda: su biografía literaria* Hernán Loyola compara las experiencias de Orwell y Neruda en la Birmania colonizada, y encuentra interesantes similitudes entre ellas. Ver Loyola, Hernán. *Neruda: su biografía literaria*. Santiago: Seix Barral, 2006.

NOTA PRELIMINAR

Han pasado más de cuatro décadas desde que publicamos nuestro *1984* a la chilena. La nota preliminar que leerán a continuación la escribimos en un tiempo que se aproximaba a la visión de Orwell más como advertencia que como profecía. Pero los tiempos han cambiado. Cuarenta años más tarde, hay razones para preguntarse si la visión de Orwell es hoy más realidad que ficción. Consideremos el popular meme *Hagamos de 1984 una obra de ficción nuevamente*. Con la proliferación de la vigilancia omnisciente, el control del pensamiento, la eliminación de la disidencia y la amenaza de guerras permanentes y regímenes totalitarios, *1984* no ha perdido nada de su relevancia. Esta nueva edición de la novela por parte de La Pollera Ediciones nos recuerda cómo, con un par de máquinas de escribir y un tarro de pintura en aerosol, le escupimos en la cara al Gran Hermano. Tratamos de alertar a una generación de chilenos acerca de un mundo distópico que esperábamos la literatura podría ayudar a prevenir. Cuarenta años más tarde esperamos que no sea tarde.

NOTA PRELIMINAR
de la edición del año 1983

Corre el año 1948. La tuberculosis avanza mientras Orwell escribe un nuevo libro. Sabe que será el último y quiere que sea el más combativo, el más explícito, el más convincente.

En esas páginas estarán las cosas que le ha tocado vivir. El colonialismo inglés en la India y Birmania, los medios de comunicación convirtiendo la mentira en verdad y a los amigos en enemigos durante la Guerra Civil Española, las demencias lucidas del nacismo, el fascismo, el estalinismo.

A los cuarenta y cinco años, está viejo y enfermo. George Orwell, nacido como Eric Blair en un nada modesto hogar anglosajón de Bengala. El hombre que abandonó su nombre a los treinta años de edad, después de graduarse en Eton y patrullar con uniforme blanco y sombrero cucalón las calles de Rangoon, para emprender una carrera de proletario y escritor. Flaco y alargado, con

aire de sacerdote, dos mechones de pelo bailando sobre la frente llena de arrugas, salpicado de brusca timidez. George Orwell, individualista, agnóstico, maniático de la limpieza, carente de vanidad, eternamente mal vestido, ausente, de ademanes rudos. Un rebelde más que un revolucionario, siempre consecuente, siempre decente consigo mismo y con los demás.

No le gustaba el mundo y quiso cambiarlo. Reclamó contra la deshonestidad y la mentira en todos sus ensayos y artículos periodísticos, combatió junta a los trotskistas en la Guerra Civil Española y defendió a los anarquistas en *Homage to Catalonia* (*Homenaje a Cataluña*, 1938). En plena Segunda Guerra Mundial denunció los desesperanzadores resultados de la revolución soviética, escribiendo la fábula satírica *Animal Farm* (*Rebelión en la Granja*): "todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros".

Terminada la guerra, no llegó la paz. Orwell advirtió los gérmenes del totalitarismo presentes en todas las sociedades del mundo. Intuyó que el planeta se dividiría en bloques inexorablemente antagónicos, que la permanente pugna entre esos bloques justificaría todo tipo de atropellos a los derechos humanos, que el poder se concentraría cada vez más, que el mundo podía llegar a convertirse en una dictadura irreversible.

Contra eso gritó. Su libro *1984* fue publicado siete meses antes de su muerte, y constituye más una adver-